

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA, EL SANTO INGENIERO

Miguel Ángel Cajigal Vera



Santo Domingo de la Calzada fue una de las grandes personalidades camineras del siglo XI y de toda la Edad Media. Su esfuerzo constructivo contribuyó a mejorar notablemente la ruta a Compostela, obteniendo como permanente homenaje de los peregrinos el honor de dar su nombre a uno de los más bellos enclaves históricos del Camino. Su huella indeleble en el trazado se puede apreciar todavía hoy en la Vía Francígena, por lo que bien merece que nos acerquemos a la biografía de uno de los más importantes santos jacobeos.



JUVENTUD, DECEPCIÓN Y VOCACIÓN

Corría el año 1019 cuando, en las proximidades de los Montes de Oca, en la sierra burgalesa, nació Domingo García. Conocemos bien poco de su juventud, como acostumbra a suceder con aquellos grandes personajes de la Edad Media nacidos en familias humildes, fuera de los focos cortesanos, de manera que dibujar su biografía es una labor casi detectivesca. En concreto, nuestro personaje, destinado a futura santidad, era hijo de un tal Ximeno García, seguramente un campesino terrateniente, y de su esposa Orodulce. Incluso el año de su nacimiento es una mera suposición fruto de la tradición, pues lo modesto de su familia ha provocado un considerable misterio en cuanto

a su vida de juventud, a tal punto que el lugar de su nacimiento se desconoce. Aunque se da por tradicional que vino al mundo en **Vitoria de Rioja**, pueblo que muestra orgullo centenario de ser la cuna del santo, la disputa sobre el nacimiento de Domingo ha sido tan extensa como la propia historia del Camino, pues sus vecinos siempre han reivindicado su origen en las mismas tierras en las que ejerció su labor religiosa y constructiva.

Por lo que sabemos, la vida de Domingo no fue sencilla, sino dura y trabajada, como la de cualquier otro habitante de la Castilla medieval. Perdió pronto a sus padres y, como huérfano, se orientó a la vida religiosa ya en su juventud. Sabemos también que hacia el año

1050 intentó ser admitido en los monasterios riojanos de la Valvanera, en la Sierra de la Demanda, donde al parecer había recibido sus primeras letras, y en el prominente centro monástico de San Millán de la Cogolla. En ambos casos fue rechazado por los benedictinos, un suceso que marcaría su vida religiosa posterior.

Existe un interesante debate sobre la posición económica de su familia: mientras unos defienden que debía tener cierto estatus económico para intentar su admisión en dos monasterios tan destacados, no es menos cierto que, de haber sido el huérfano de una familia bien posicionada, resulta bastante extraño que ninguno de los dos centros monacales le admitiese en la congregación. En todo caso, sin entrar en mayor discusión, es innegable que para su vida posterior resultará determinante el rechazo sufrido al intentar convertirse en monje benedictino, pues le llevará a orientar su vida religiosa a partir de su propia iniciativa personal.

En efecto, aunque el rechazo sufrido por parte de los monjes de San Benito podría haber desanimado a Domingo, ya entonces mostró la tenacidad que le convertiría en gran impulsor jacobeo y destacado constructor de infraestructuras camineras. En un planteamiento genuinamente medieval, debió decidir que si no le admitían en un monasterio, haría vida regular por su cuenta. Se retiró como eremita a los bosques de encinas de Ayuela, en un lugar muy próximo a lo que luego sería el enclave habitado que llevaría su nombre, Santo Domingo de la Calzada. Hasta 1039 se dedicó a su vocación, llevando vida contemplativa, retirado de los núcleos habitados y al margen de las grandes comunidades monásticas que, conforme pasaba el tiempo, iban tomando cada vez mayor control del territorio.

REGRESO A LAS NECESIDADES MUNDANAS: EL INFLUJO DE GREGORIO OSTIENSE

Fue precisamente hacia 1039 cuando Domingo vivió su “regreso” desde la vida eremítica, a través de un personaje que sería clave en su biografía. Se trata de Gregorio, obispo de Ostia, que había sido enviado por el Papa a la diócesis de Calahorra. En





Vista del monte de San Lorenzo en la Sierra de la Demanda

En la Edad Media, profundamente teocéntrica, las pestes y plagas se entendían como signos y castigos divinos, por lo que era frecuente pedir no sólo la intercesión de los santos sino también comisionar a personajes destacados de la Iglesia con el fin de intentar atajar todo tipo de males. Este fue el caso del futuro San Gregorio Ostiense, enviado al Reino de Navarra, como hemos dicho, por el Papa, con la misión de atajar una plaga de langosta que había

asolado las actuales provincias navarra y riojana.

El propio Gregorio había sido abad en el monasterio benedictino de San Cosme y San Damián en Roma y contaba con la plena confianza del Papa. El carácter trabajador de Gregorio le granjeó la simpatía creciente de la población, confortada por sus intervenciones y prodigios que, sin duda, les ayudaban a sobrellevar las calamidades derivadas de la plaga. Esto debió también despertar la admiración del joven Domingo, que abandonó su retiro para entrar a formar parte en Nájera del séquito de Gregorio, que sería quien le ordenase sacerdote. Entre ambos desarrollaron una muy intensa labor que ya empezaba a relacionarse con el evidente auge de la ruta jacobea: construyeron un puente de madera sobre el río Oja para acomodar el tránsito de peregrinos. La muerte de Gregorio Ostiense tuvo lugar en Logroño el 9 de mayo de 1044, siendo sepultado con gran solemnidad en la iglesia de San Salvador de Peñalba. Domingo, el más prominente entre sus discípulos, tomó la determinación de quedarse en la vega riojana para proseguir con las tareas emprendidas. Sería el ini-



Magnífica pila bautismal románica en la iglesia de Redecilla del Camino (Burgos)



ALBERGUE DE PEREGRINOS

42

60 →

cio de las grandes tareas dominicanas relacionadas con el Camino de Santiago.

CONSTRUCTOR Y PROTECTOR DEL CAMINO DE SANTIAGO

Coincidió en el tiempo la vida de Domingo con la ebullición plena del Camino de Santiago, que atravesaba las tierras que él tan bien conocía. Cada día eran más los peregrinos de toda Europa que se encaminaban a la tumba de Compostela, surcando con la guía de la Vía Láctea el norte de la Península Ibérica. Sin embargo, eran tiempos de una ruta todavía en desarrollo, no consolidada, compleja y llena de peligros, que atravesaba restos de caminos de diferentes épocas, desde sólidas calzadas romanas a inciertas veredas mal señalizadas, y jalonada de asaltantes dispuestos a sobrevivir hurtando los dineros de viandantes y extranjeros.

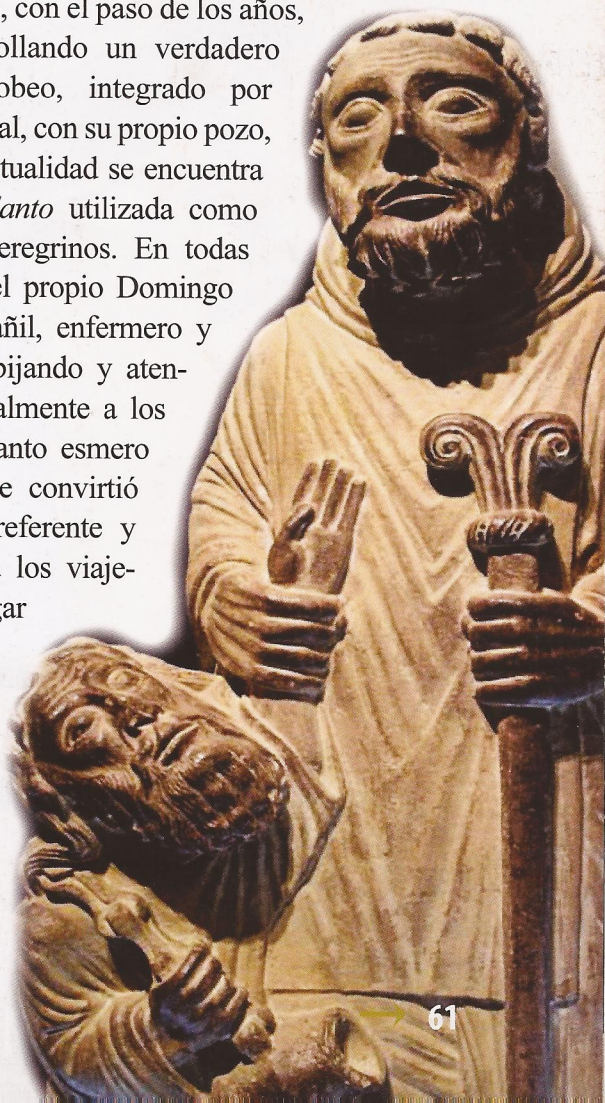
Entre Roncesvalles y Nájera la ruta del Camino Francés daba buen servicio, pero luego venían las complicaciones: el trazado se hacía confuso y para avanzar hacia la floreciente ciudad de Burgos todavía había que cruzar accidentes geográficos complicados como el valle del Oja, donde ya Gregorio y Domingo habían construido su puente de madera como alivio de los peregrinos.

Con singular iniciativa y gran amplitud de miras Domingo se propuso atajar los principales problemas de los romeros en su comarca: se volvió a la zona de Ayuela, que tan bien conocía, y emprendió una tarea titánica, roturando los montes para despejar el terreno preciso y así poder reutilizar una antigua calzada como nueva vía, más segura y capaz, que pusiese a los romeros en la buena senda. No era un trabajo sencillo, pues el terreno estaba parcialmente anegado, y prueba de ello es que **desde el principio los lugareños y peregrinos consideraron que había sido una obra milagrosa, impensable sin intercesión divina.**

Podemos imaginar el enorme impacto que esta nueva infraestructura, a cuya obra se adhirieron muchos colaboradores locales, debió tener para la población del siglo XI, así como para los peregrinos. De forma natural comenzó a asociarse la obra con el nombre de nuestro personaje: resulta

sencillo entender cómo, poco a poco, los vecinos y viajeros comenzaron a llamarle “Domingo de la Calzada”. El nuevo tramo, impulsado con su esfuerzo, llegó a desplazar completamente el itinerario empleado habitualmente en la época, convirtiéndose desde entonces en el trazado que, hasta la actualidad, emplean los peregrinos para cubrir la etapa entre Nájera y Redecilla del Camino, accediendo a la Meseta por los Montes de Oca. Un papel importante en la consolidación de esta nueva vía de personas y mercancías la tuvo el Códice Calixtino, en cuya guía se emplea ya el trazado recuperado por Domingo como propio del Camino Francés.

Pero la labor jacobea de nuestro personaje no se quedó ahí. Además de edificar la calzada nueva, sustituyó el puente de madera que había construido con Gregorio por uno de piedra, más sólido y capaz, al tiempo que edificó una ermita, dedicada a Santa María, lugar donde estableció su “centro operativo” y desde la que él y sus colaboradores oteaban el Camino para acudir en ayuda de los viajeros. En torno a ese epicentro, con el paso de los años, se fue desarrollando un verdadero complejo jacobeo, integrado por iglesia y hospital, con su propio pozo, donde en la actualidad se encuentra la *Casa del Santo* utilizada como albergue de peregrinos. En todas estas labores el propio Domingo ejercía de albañil, enfermero y hospedero, cobijando y atendiendo personalmente a los romeros con tanto esmero que su casa se convirtió en estación preferente y destacada para los viajeros, dando lugar a su alrededor al primitivo burgo y convirtiéndole en una gran personalidad jacobea.



ALAMPARO DEL REY: GLORIA Y MEMORIA DE DOMINGO DE LA CALZADA

Alfonso VI de León se apodera en 1076 de La Rioja y se percata inmediatamente de que el desarrollo del Camino de Santiago convenía a sus intereses, porque le permitía consolidar la incorporación de este nuevo territorio a su reino. Por ello no dudó en hacerse patrocinador de las obras y labores del popular Domingo de la Calzada, a quien llega a visitar en 1090 para brindarle su apoyo. El respaldo regio fue muy oportuno para el santo, que estaba inmerso, con la ayuda de su discípulo Juan de Ortega, también futuro santo caminero, en la construcción de un gran templo dedicado al Salvador y a Santa

María. El santuario sería la gran obra pía que pusiese el colofón a las grandes infraestructuras jacobeanas desarrolladas por Domingo durante décadas y a toda una vida dedicada al servicio de los peregrinos.

Hacia finales del siglo XI Domingo de la Calzada ya podía echar su mirada hacia atrás y comprobar cuánto había cambiado el Camino gracias a su voluntad y esfuerzo. El burgo que había ido creciendo en torno a su ermita, conocido como *Masburguete*, medraba de forma constante hasta llegar a convertirse en la villa que terminaría llevando su nombre. Por su parte, el templo del Salvador y Santa María, futura catedral calceatense, era consagrado solemnemente en 1106 por el obispo de Calahorra, de cuya sede acabaría alcanzando el



ango de catedral. Consciente de que el final de su vida se hallaba ya muy próximo, el santo escogió un espacio al exterior del templo, cercano a sus muros, para su propia sepultura. Esta peculiar colocación de su tumba primitiva, fuera del templo donde los viandantes pudiesen fácilmente rendirle honores, fue seguramente el motivo de que la futura catedral de la Calzada tenga su gran torre separada del cuerpo de la iglesia, como espacio reservado al santo.

Agotado por una vida de entrega en beneficio de peregrinos y viajeros, Domingo de la Calzada muere en 1109. Según la tradición, contaba con 90 años, y su pasamiento tuvo lugar el mismo año en que fallece su protector Alfonso VI, en el alba de un nuevo siglo de éxitos jacobeos. El Camino de Santiago, que él había promovido y respaldado como pocos, se consagrará en esta nueva centuria a través de las grandes fábricas monumentales, capitaneadas por la propia catedral compostelana. La muerte del venerado anciano fue llorada en todo el reino, desatándose la devoción por su vida y provocando que ya en 1112 se le refiriese como “santo” y que la iglesia que cobijaba sus restos fuese pronto sustituida por una catedral gótica.

En el conjunto arquitectónico calceatense, tal como lo conocemos hoy en día, nada se conserva de lo edificado personalmente por Domingo. Su iglesia, con sus dependencias, o sus infraestructuras, como el mítico puente, han sido reedificadas en épocas posteriores, gracias a la persistente devoción por Santo Domingo, un santo que siempre ha sido sentido con familiaridad, cercanía y afecto por los peregrinos. Pero aunque sus obras materiales han desaparecido para ser relevadas por otras más nuevas su huella inmateral perdura. La propia existencia de la villa caminera es el mayor legado de su ilustre vecino, un santo que laboró en su tierra y fue, quizás, el primer ejemplo genuino del profundo impacto de la devoción jacobea en la organización del territorio hispánico. En torno a su voluntad brotó un pueblo, se asentó el camino de peregrinación más importante del occidente medieval y se modificó para siempre la ruta que llevaba a los peregrinos de toda Europa hasta el *Finis Terrae*.

Fotos procedentes del proyecto
Wikimedia Commons



Torre exenta de la
catedral de Santo
Domingo de la
Calzada